

VIRGEN

DE MARIA MADRE DE DIOS Y DE SU CULTO

El culto de la Virgen María ha sido objeto de una gran atención por parte de los escritores eclesiásticos y profanos. Desde los primeros siglos de la cristianidad se ha observado un creciente interés por su persona y sus virtudes. Este interés se manifestó en el arte, en la literatura y en el derecho canónico. La Virgen María es considerada como el modelo de la mujer perfecta y como la madre de Dios. Su culto ha sido objeto de controversias y debates teológicos a lo largo de la historia.



El culto de la Virgen María ha sido objeto de una gran atención por parte de los escritores eclesiásticos y profanos. Desde los primeros siglos de la cristianidad se ha observado un creciente interés por su persona y sus virtudes. Este interés se manifestó en el arte, en la literatura y en el derecho canónico. La Virgen María es considerada como el modelo de la mujer perfecta y como la madre de Dios. Su culto ha sido objeto de controversias y debates teológicos a lo largo de la historia.

Historia de

MARIA, MADRE DE DIOS.

LIBRO I.

Origen y antigüedad del culto de María.

EL culto de los santos, que los herejes con tan mala fé nos imputan á idolatría, y al que un clérigo protestante nó ha temido llamar *la enfermedad de los cristianos del siglo IV*, data tan poco de esta época, comparativamente aproximada, que es, por el contrario, de tradición apostólica y de origen judaico. Los hebreos pedían á los muertos consejos y curas milagrosas, cuando estos muertos eran los profetas escogidos del Señor. Los profetas eran sus santos, y santos que leían

en el libro abierto del porvenir, desde el fondo de la gruta sepulcral donde descansaban al lado de sus padres. Ved á Saul ante la Pitonisa de Endor; la sombra de Samuel, aunque evocada por los encantos que la ley de Moisés prohíbe, aparece, por la permission del Señor, para atemorizar al monarca reprobado por el cielo. El profeta, envuelto en su manto, sale lentamente de la tierra con una majestad siniestra; la hechicera lanza un grito de espanto á la vista de aquella gran figura, que ella equivoca con la de Dios. Saul se inclina ante la sombra de aquel que fué por tanto tiempo el juez supremo de Israel, preguntale sobre el éxito de la batalla que debe dar á los filisteos, y el profeta le responde con una voz que no tiene nada de humano, porque su cuerpo está en Ramatha, donde todo Israel le ha llorado: "Mañana, tú y tus hijos sereis conmigo; la batalla se perderá, y el Señor abandonará á los filisteos el campo mismo de Israel."

Los judíos creían, pues, que sus santos conocían el porvenir.

En el libro IV de los Reyes, vemos que un muerto resucita al contacto de los huesos de Elisco.

Luego, los santos de Israel hacían milagros.

Leemos en el libro X de los Macabeos, que el gran sacerdote Onías, y el profeta Jeremías, fueron vistos, despues de su muerte, intercediendo por el pueblo; y encontramos en el Gémeve, que Caleb se salvó de las manos de sus enemigos, porque fué á rogar á la tumba de sus abuelos, á fin de poder evitar el peligro (1).

Así, pues, los judíos creían que la intercesion de los justos finados, era de alguna importancia.

Los israelitas, desde los primeros tiempos de su establecimiento en la Palestina, visitaban la tumba de Rachel; monumento primitivo compuesto de doce grandes piedras, sobre las cuales cada peregrino escribía su nombre. La tumba de Joseph, el salvador de Egipto, *cuyos huesos profetizaban* (2), era así mismo un lugar de oracion.

Desde la dispersion de las tribus, una inmensa muchedumbre visitaba la gruta sepulcral de Ezechiel, enterrado á orillas del rio Chabar, en donde tuvo visiones divinas; hasta que los chaldeos, temiendo que estas reuniones no ocultasen, bajo

la capa religiosa, algun proyecto de revolucion política, resolvieron caer de repente sobre estos peregrinos y dispersarlos con la punta de la espada. Una matanza general se habria seguido irremisiblemente, si el profeta *muerto* no hubiese obrado un milagro para salvar á su pueblo, dividiendo las aguas del Chabar (3). Este sepulcro de uno de los santos de Israel, que se veía cercado de un soberbio edificio, y delante del cual ardía día y noche una lámpara de oro que los gefes del cautiverio estaban encargados de alimentar (4), se ha convertido en una caverna sencilla; pero esta caverna es visitada por todos los judíos del Asia, que jamás pasan al lado de Bagdad sin desviarse de su camino para orar allí.

A la falda del Oronte, cuyas hermosas sombras jugueteaban sobre mil arroyos plateados que reflejan el magnífico esplendor del sol de Asia, existe una ciudad, en otro tiempo capital de un grande imperio, célebre tambien en otro tiempo, y que ahora yace casi arruinada en medio de piras destruidas, de templos trastornados, y de sarcófagos de granito rojo, cargados de inscripciones escritas en una lengua muerta y perdida: esta es Rebatava, la vieja capital de los medos, y hoy día la oscura Hamadan. En una de las estremidades de la ciudad caída, se levanta un monumento de baldosas, cuya puerta, segun el estilo antiguo sepulcral del país, es muy pequeña y construida de una piedra excesivamente tosca: esta es la tumba de una hermosa reina, jóven y piadosa, que afrontó la muerte por salvar á su pueblo; de la noble Esthor, que fué depositada allí sobre una cama de marfil realizado de oro, embalsamada con almizcle y ambar, y envuelta en un sudario de seda de la China (5), al lado del gran patriota hebreo Mardocheo (6). Esta tumba ilustre, que los judíos de Persia miran como un lugar de santidad peculiar, y donde concurren en gran número en la época de la fiesta del Phunim (7), es el objeto de una romería que dura hace miles de años.

En la edad media, bajo la ocupacion sarracena, y durante una larga sequía que esterilizaba la Siria y la Palestina, habian los árabes amenazado á los judíos con un degüello general si no llovía en un día dado. Estos se reunieron en tropel al rededor de la tumba de Zacarías, que aun subsiste en las cer-

canías de Jerusalem, y allí, arrodillados sobre la ceniza y armados del cilicio, oraron durante muchos días, para obtener de Dios, por la intercesión de su profeta, que los salvase de una muerte segura, haciendo llover sobre la tierra.

La costumbre de invocar para los vivos los méritos de los muertos, es de origen hebreo; y se encuentra la prueba en una liturgia de la sinagoga de Venecia. En el oficio intitulado Mazir mehamot (*commemoracion de las almas*), se lee una oracion concebida en estos términos: "Oyenos, oh Señor, por el amor de aquellos que te amaron y que ya no existen; óyenos por el amor de Abrahan, de José, de Jacob, de Sara, de Rachel," etc.

De este modo, la invocacion á los santos no es, pues, un cuento católico.

Ademas de los santos, los judíos rogaban á los ángeles, invocados por los antiguos árabes, y á quienes los asirios, que les atribuían funciones benéficas sobre la tierra, ofrecían sacrificios (8). Jacob confesaba que él era deudor á un ángel de la preservacion de los males que le habian amenazado, y le ruega que bendiga á sus hijos: *Angelus qui eripuit me de cunctis malis, benedical pueris istis* (9). Esta oracion se dirige á un ángel. Debe creerse, así mismo, que los judíos llevaban demasiado lejos el culto á los ángeles, pues se les atribuía el adorarlos (10). Este culto solo ha desaparecido entre los judíos modernos hácia la época de la pretendida reforma, cuando lo abandonaron para congraciarse á los novadores de Alemania. Existe en la biblioteca del Vaticano un manuscrito hebreo que contiene las letanías compuestas por R. Eliezer Akabir, en donde se dice al ángel Actoriel: "Librad á Israel de todo dolor, y pedid cuanto antes su redencion." Se pide así mismo toda clase de gracias á Barachiel, á Wathiel, y á los otros príncipes de los ángeles. La letanía concluye diciendo á Michael: "Príncipe de misericordia, rogad por Israel, á fin de que se eleve á una grande altura."

Las tumbas de los mártires fueron veneradas desde muy temprano por los cristianos del Asia. La primera á donde se hicieron romerías fué verosímilmente á la de san Juan Bautista, que es la mas respetada de los orientales, sin distincion de

creencia, despues del santo sepulcro y la tumba de la Virgen santísima. El cuerpo del precursor del Hombre-Dios, estaba en Samaria, donde San Pablo le visitó en el siglo IV; y su cabeza, cuidadosamente embalsamada por sus discípulos, estaba en Hems, de donde fué transportada á Damascó bajo el reinado de Teodosio. Allí se le depositó en una soberbia iglesia del nombre de san Zacarías, la cual tomó desde entonces el de san Juan. El kalifa Abdelmeleek se apoderó á viva fuerza de esta iglesia, y el dia de hoy la tumba venerada del hombre que fué profeta, y mas aún que profeta, existe encerrada en una mezquita turca. Pero no está allí solitaria y sin honores; los musulmanes corren de todas partes en romería, y el mismo célebre Saadi cuenta en su Gulistan, que yendo á rogar en ella se encontró con dos príncipes de la Arabia. A fines del siglo I, los fieles del Asia-menor se reunian en gran número en Epheso, al pié de la tumba de san Juan Evangelista, cuyo polvo, cuidadosamente guardado, era fama que obraba maravillosas curaciones (11).

San Estevan, primer mártir, cuyas reliquias hicieron tantos milagros, certificados por san Agustin, y que murió antes que la Virgen santísima, fué igualmente invocado desde muy temprano por los antiguos cristianos, que tributaron tambien reverente culto á los restos bendecidos de san Ignacio y san Policarpo (12). San Astéro de Amasia, nos ha conservado en un sermón sobre los mártires, esta oracion dirigida por un cristiano de los primeros tiempos, á un santo cuya tumba visitaba: "Vos habeis invocado á los mártires, antes de ser vos mismo uno de ellos; habeis encontrado buscando; sed, pues, liberal con los bienes que recibisteis."

Eusebio de Cesaria, que floreció hácia el fin del siglo III, defendiendo nuestros dogmas sagrados contra los sofismas de los idólatras, se apoya en los honores que ellos tributaban á sus antiguos héroes, para justificar el culto de los santos, y prosigue en estos términos: "Honramos como amigos de Dios á aquellos que han combatido por la religion verdadera; vamos á sus tumbas, y les ofrecemos nuestros oraciones, haciendo profesion de creer que somos socorridos de Dios por su intercesion." (13)

Estas palabras de Eusebio, que en su doble calidad de obispo é historiador debía estar bien informado, indican claramente una antigua costumbre, un uso aprobado por la Iglesia y generalmente recibido. Por otra parte, Vijilancio y Aerio, enemigos del culto de los santos, fueron tratados abiertamente de *novadores* y de *hereges*, por san Epiphonio, san Gerónimo y san Agustín. ¿Es presumible, acaso, que estos grandes doctores se hubiesen atrevido á calificar de *hereges* y de *novadores* á hombres que en tal caso no habrían trabajado sino para restablecer á su primitiva pureza la antigua doctrina de la Iglesia? Esta palabra de *novadores* lo dice todo; y es necesario no perder de vista que Vijilancio vivía en una época tan vecina del tiempo de los apóstoles, que no había entre ellos y él sino las vidas de tres ancianos.

San Cipriano, cuyo martirio se verificó en Cartago en el año 261, nos muestra á los cristianos de Africa corriendo en tropel á las tumbas gloriosas de los mártires, dando convites fúnebres el día de su nacimiento, y tan apresurados por invocarles, que sin esperar ni á su misma muerte, se atropellaban para implorar las oraciones de los confesores, encarcelados, á quienes la tortura de los verdugos paganos dejaba algunos restos de vida (14). San Juan Crisóstomo por su parte nos refiere, que en su tiempo los sepuleros de los mártires formaban el mas hermoso ornamento de las capitales; que los días que les estaban consagrados eran días de gozo; que los grandes dignatarios del imperio, y hasta el mismo emperador, se despojaba de sus fastuosas condecoraciones y de su poder, antes de atreverse á pasar el lintel de los lugares consagrados, en donde se encontraban esos gloriosos sepuleros de los siervos del Dios Crucificado.... “¿Cuánto mas ilustres no son esos monumentos sencillos levantados á los pobres que fueron humildes y miserables en medio de los hombres,—esclama el grande orador cristiano,—que las soberbias tumbas de los reyes! Al rededor de los sepuleros de los reyes solo reinan el silencio y la soledad; pero á los otros corre siempre y se apresura un gran concurso.” (15)

Ved allí hasta donde se remontan el culto de la *Dulia* (de los santos), que los protestantes califican de idolatría y de de-

testable, y esto en siglos que llaman ellos mismos los siglos por excelencia, *los siglos puros* (16).

En cuanto al culto de *hiperdulia* (de la Virgen), que sin ser de adoracion, cosa que á Dios no agrada, es sin embargo muy superior al de los santos, comienza segun toda probabilidad en su tumba misma. Los doctores judíos nos han conservado, en el Talmud, un hecho histórico mucho tiempo desconocido, y que justifica la mas remota antigüedad de este culto piadoso, contra el cual se han vertido tantas blasfemias.

Una tradicion del templo, consignada en sus Toldos, este libro donde la Virgen es tan insolentemente tratada, y el mismo que ellos esparcieron desde muy temprano en Persia, en Grecia, en todos los lugares donde podia dañar al cristianismo naciente aún, cuenta que los *nazarenos* que venían á orar en la tumba de la madre de Jesus, sufrieron una violenta persecucion de parte de los príncipes de la sinágoaga, que costó la vida á cien cristianos, parientes de Jesucristo, por haber elevado un oratorio sobre su tumba (17). Este acto de bárbaro fanatismo, de que ellos se envanecen, estando en un todo conforme con su conducta hácia san Estevan, san Diego y san Pablo, y no teniendo el oratorio elevado sobre una tumba venerada nada de opuesto con las costumbres y las tradiciones de aquellos; se puede mirar, en nuestro concepto, como un hecho auténtico, sin que sea un acto de excesiva credulidad.

La tradicion, testificada por monumentos religiosos, asegura que el culto de María es de institucion apostólica. San Pedro, volviéndose á Antochia, elevó, dicen, un monasterio á la Virgen santísima, en una de las ciudades de la antigua Fenicia, y lo inauguró con gran solemnidad. San Juan el apóstol colocó bajo la invocacion de su madre adoptiva, la bella iglesia de Sida. La primera iglesia de Milan fué dedicada á María, por san Bernabé el apóstol. Nuestra Señora del Pilar, en España, y Nuestra Señora del Carmelo, en Siria, disputan á estas iglesias la antigüedad, y manifiestan una pretension muy atrevida, pero tambien muy controvertible. Segun la tradicion española (18), la santísima Virgen se apareció antes de su muerte á Santiago, á orillas del Ebro, y le encomendó fabricar una iglesia en el lugar mismo donde él se encontraba. Segun

la tradicion Siria, el profeta Agabo, el mismo que predijo el hambre acontecido bajo Claudio, levantó tambien, viviendo la Virgen, esta iglesia que se distingue en el mar desde tan lejos, y donde los peregrinos y los viajeros de todas las religiones y de todas las regiones del globo, reciben, en el nombre de María, una hospitalidad tan tierna. Sin disputar la antigüedad de estos dos santuarios, demasiado venerables por cierto, y reverenciados con justicia por los pueblos, nos atreverémos á decir que es poco probable que la Virgen santísima, la mas humilde de las hijas de Eva, hubiese pedido altares á los apóstoles en el tiempo de su vida. Que el reconocimiento, que la piedad de los apóstoles se los hayan erijido despues de su muerte, es una cosa muy sencilla; pero que ella los haya ordenado durante su vida, es demasiado dudoso.

En cuanto al oratorio del Carmelo, Flavio Josefo, que habla precisamente de los discipulos de Elías, á propósito de Vespasiano, á quien uno de ellos prometió el imperio, no dice de ningun modo que ellos estuviesen convertidos al cristianismo; y se deduce mas bien lo contrario de su narracion. Esta autoridad negativa es de mucho peso.

PRIMERA ÉPOCA.

CULTO DE MARÍA, ANTES DE CONSTANTINO.

LIBRO II.

Oriente.—Los Idolos.

COMO lo hemos manifestado, el culto de la Madre de Dios tuvo por cuna su tumba misma, y la primera luz que se encendió en honor de María, fué una lámpara sepulcral, al rededor de la cual los cristianos de Jerusalem se juntaban á orar. Esto parece que no duró por mucho tiempo. La sinagoga, como todo poder que abriga el miedo de sucumbir, y sospecha como todo el que tiene la conciencia de obrar mal, se asustó de los simples homenajes que se tributaban á la madre del jóven profeta, á quien ella no solo habia recusado reconocer por el Mesías, á pesar de sus milagros, sino que le habia audazmente crucificado, como sedicioso y embustero, entre dos ladrones.

Ella apagó las lámparas, hizo cesar los cánticos, y despedazó sin misericordia á los primeros siervos de María. Al menos

esto es lo que ella misma afirma, y de lo que era muy capaz. Obró así, parte por fanatismo, parte por amor propio, y parte por miedo. No quería que este Jesús de Nazareth, á quien ella habia condenado injustamente á un suplicio infame, fuese ensalzado él y los suyos, desde el Gógotha deshonrado. La importunaba oír que el galileo, á quien llamaba hijo de Belial, cuyos milagros trataba de vanos prestigios, era un Dios, y su madre una gran santa; además, temía que este nuevo culto, que se enlazaba á la religion de las tumbas, apoyado con milagros incontestables que los apóstoles hacian en Jerusalem, no obrase de un modo enojoso sobre el espíritu móvil de la multitud, y provocase así una reaccion dañosa en favor del profeta crucificado. Pues como sencillamente habia confesado á Pedro y á Juan, ella no se cuidaba de ningún modo de dar cuenta al pueblo de la sangre de Jesús.

Por todas estas consideraciones, los senadores y sacerdotes se adelantaron sobre la pendiente resbaladiza del crimen, para mantener la equidad del juicio en la abominable sentencia que hicieron entregar á los romanos, y se aplaudieron altamente de haber ahogado en su cuna el culto de la Virgen. Quedaron burlados, sin embargo, en este inicuo atentado. Los tiranos mas sanguinarios y mejor obedecidos en las tenebrosas fantasías de su crueldad, no pueden matar el recuerdo, esta flor del alma, que se despliega misteriosa y consoladora en la inaccesible rejion de las ideas, y á la que el embate del viento de las persecuciones solo hace arraigar mas profundamente. La de la Virgen madre resistió á este huracan judaico. Ya no se canta en la gruta, es verdad; pero se viene á llorar allí, y las lágrimas que la devocion hace verter, valen tanto como los incienso de Sabá, que nacen tambien de una corteza bendecida, en forma de lágrimas.

El culto de María, arrancado violentamente por las manos sacrilegas de los príncipes del pueblo reprobado de Dios, fué trasplantado por los apóstoles á un suelo idólatra aún. Mientras vivieron, se le ve retoñar en la Siria, la Mesopotamia, el Asia-menor, el Egipto, y la España. A la verdad, este culto tan tierno y tan poético, que debia sustituir al culto impuro y seductor de las divinidades del Olimpo, no brilló desde luego

sino como una nubecilla en el zenit de algunas ciudades; porque el cristianismo no fué, en el principio, sino la religion de las ciudades, y tan solo del populacho de las ciudades. El paganismo, repudiado por los espíritus serios, menospreciado por los filósofos, escarnecido sobre los teatros, en donde se leia públicamente *el testamento de Júpiter*, y burlado con una malicia completamente volteriana por los jóvenes epicureos de la corte de los Césares (1), conservaba, á pesar de eso, un número inmenso de partidarios; ligado á numerosos intereses, defendido por las preocupaciones y las supersticiones antiguas, atrayendo por el esplendor de sus fiestas, y mezclado á todos los recuerdos de gloria, aunque estaba en su decadencia, deslumbraba sin embargo. Soberbio de sus ventajas, no se desdenó de temer al *hijo de un carpintero* y á la *jóven hilandera de Nazareth* (2). ¿Por qué temerlos? él no los veia. La religion de un Dios pobre y de su santa Madre, avanza sin ruido por el largo camino rudo y doloroso del pueblo; ella se dirige con preferencia al artesano, á la muger, al esclavo, á todos aquellos que eran pequeños, débiles y oprimidos por la sociedad pagana, esa sociedad profundamente egoista, codiciosa, muelle y corrompida, y que se mostraba brillante y fria, como sus dioses de mármol.

Pronto se percibe que el mundo moral, ese viejo Titan que tocaba á la decrepitud, rejuvenece bajo la influencia poderosa y oculta de un filtro regenerador. ¿Qué mágico habia vuelto á este nuevo Eson la sangre activa y el ardor de sus mas hermosos años? ¿Qué nuevo Prometeo habia escalado el cielo para restituir al hombre, cadáver helado ya por el egotismo, una centella del fuego sagrado? Porque allí no habia temor de equivocarse; en la sociedad se obraba algo de extraño y de grande, que la conducia á devolverle sus pasos fuertes y juveniles; entraba de nuevo, á ojos vistos, en aquellos bellos tiempos tan sentidos por Horacio, en los que, menospreciaba el fausto, honraba á los dioses, y blasonaba de su pobreza. Ya manos invisibles, pero perseverantes, parecian haber levantado de sus ruinas caídas sobre la yerba, el altar antiguo del pudor, y los templos austeros de la fé, del honor y la virtud. La beneficencia, que no miraba humear los sacrificios desde que

los goces materiales eran frenéticamente codiciados, volvía, parece, á ser misteriosamente honrada. La vieja igualdad del tiempo de Saturno, se mostraba de nuevo en todas partes sobre la tierra. En fin, la humanidad llevaba en sus brazos los hijos que las elegantes matronas de la sociedad pagana abandonaban á las orillas de los rios, en el fondo de los bosques, sobre la márjen de los precipicios, donde las águilas, los perros salvajes y las bestias feroces se arrancaban sus pobres miembros palpitantes y sangrientos (3). La caridad, sosteniendo con una mano enérgica al proletario que jadeaba bajo el peso del trabajo, tendía la otra al anciano enfermo, abandonado sobre las plazas de los templos. ¡Oh dioses de la Grecia, dioses viajeros que fuisteis abrigados bajo el techo de paja de Philemon y de Baucis! ¿es por esto que recorréis de nuevo la tierra, para restablecer en ella el bello reinado de la virtud? No, porque vosotros sois, como dice la Escritura, dioses sordos, dioses impotentes, dioses ciegos; ó por mejor decir, vosotros no sois nada.

¡Mirad! En medio de esta sociedad lánguida, risueña, que coronada de rosas brinda en copas de oro á los dioses del Olimpo, aparecen de trecho en trecho grupos de gentes de severo talante, que se distinguen por sus rasgos generosos, y que apartan los ojos de estas orgías paganas con una indignacion mezclada de ironía... ¿Serán acaso filósofos estoicos? No, porque ellos no derraman una lágrima de piedad sobre el indigente que les implora, ni deslizan, ocultándose, la rica limosna que asombra al infeliz. ¿Es, pues, una vestal aquella jóven que marcha con los ojos bajos, al lado de su madre, cubierta como ella? No, porque no tiene ni los cintillos bordados ni las ropas con franjas de púrpura de las *amatas*, y el pudor es tan solo su único adorno. Aquellas viudas de veinte años, que no encienden otra vez la antorcha de himeneo, mientras que las grandes señoras del paganismo cuentan sus divorcios por consulados (4), ¿de dónde vienen? Y estos jóvenes que se inclinan con reverencia delante de los ancianos, enrojeciéndose cual niños, y que en el combate son bravos como leones, ¿quienes son? No se les vé en el teatro, ni frecuentan el circo, ni figuran tampoco en las academias paganas con guir-

naldas de flores ni cestas llenas de frutos sagrados; y pasan, además, delante de los soberbios templos de la Grecia sin entrar. La vista de un sacrificio les hace huir, y sacuden precipitadamente sus negros mantos cuando, por casualidad, cae en ellos alguna gota del agua lustral. En fin, querían mas bien morir que tocar las viandas ofrecidas á los dioses. ¿Acaso serán impíos estos hombres cuya mano cura con el oro las llagas horribles de la miseria, y cuyas costumbres respiran honestidad? No, porque ellos se reúnen tres veces al día, y alguna vez tambien durante la noche (7), para rogar en general, con los manos levantadas al cielo, á un Dios desconocido; y sobre el altar de sus antiguos dioses lares, cuya lámpara enclavada en el mármol alumbraba siempre (8), apércibese la imagen graciosa de una jóven del Asia, medio velada en un ligero manto azul (9), que lleva en sus brazos un niño divino. Esta muger aparece bella y limpida como las ondas del mar Egéo, cuando el zéfiro las roza con solo la punta de sus ligeras alas. Es la emperatriz del pudor, de la castidad, del sacrificio, de la misericordia, la protectora del honor y del hogar; en una palabra, es la dulce Virgen María, á quien los griegos dieron el bello nombre de *Panagia*, que quiere decir la toda santa.

El Asia reclama el honor de haber colocado el primero de los oratorios y capillas bajo la invocacion de María. El mas antiguo de estos santuarios fué el de Nuestra Señora de Tortosa, que, segun las tradiciones de Oriente, fundó el mismo san Pedro sobre las costas de Fenicia. Estas primeras iglesias sirias, no fueron desde luego sino edificios muy sencillos, con techos de cedro y ventanas enrejadas. El altar estaba vuelto hácia Occidente, como el de Jerusalem; y una ensambadura encerraba el coro, en memoria del célebre velo del Santo de los santos. Tenian cruces en sus iglesias, y tuvieron asimismo desde muy temprano imágenes de María; puesto que la tradicion refiere que estaba pintada sobre una de las columnas de la bella iglesia de Lydda, que le habia dedicado su hijo adoptivo; y que san Lúcas ofreció á la catedral de Antiochia un retrato de la Virgen pintado por él mismo. Esta imagen, á la cual se asegura que la Madre de Dios habia concedido gracias, fué tan célebre, que la emperatriz Pulcherica

la hizo traer á Constantinopla, en donde fabricó una magnífica iglesia para colocarla.

Edeso, la capital de aquel rey Abgar que estuvo á punto de hacer la guerra á los judíos para vengar la muerte de Nuestro Señor, y á quien el temor de atraerse el enojo de los romanos, sus señores, solo pudo detenerle; aquella capital, dice Eusebio, tuvo así mismo, desde el siglo I, su iglesia de Nuestra Señora, adornada de una imagen milagrosa. El Egipto se envanece de haber tenido, hácia el mismo tiempo, su iglesia de Nuestra Señora de Alejandría; y Zaragoza, en España, que se llamaba entonces Cesar-Augusta, su célebre santuario de Nuestra Señora del Pilar. Pero en ningún lugar del mundo se acogió con mas entusiasmo el culto de María, que en el Asia Menor. Epheso, donde el recuerdo de la santísima Virgen está aún palpitante, fabricó al punto en honor de María, la *Miriam*, una soberbia catedral, donde se tuvo, en el siglo IV, el famoso concilio que le aseguró su bello título de Madre de Dios.

Este ejemplo fué seguido de un extremo á otro del inmenso imperio romano. La Frigia se hizo cristiana, olvidando sus dioses troyanos cantados por Homero. La Capadocia deja estinguirse, faltos de alimento, los fuegos sagrados que los persas habian encendido allí al lado de los templos elegantes de las divinidades de la Grecia; y las cavernas que habian prestado poco antes sus bóvedas sombrías á los sangrientos misterios de Mithra (10), durante las persecuciones religiosas que en ninguna parte estallaron con mas furor que en medio de las colonias griegas, vinieron á ser un lugar de refugio para los cristianos y su Dios proscripto. En fin, los dioses de la Grecia, aquellos dioses indignos, salidos de la espuma brillante del mar Egéo, nacidos bajo las palmeras todavía existentes de Cyclades, ó arrullados á la sombra de los bosques que coronan las altas cuestas de las montañas de Creta, fueron desamparados por el Dios muerto en el Calvario, y la Virgen de Nazareth; pero tan bien, tan completamente desamparados, que Plinio el jóven, á su llegada á la Bithinia, de la que él acababa de ser nombrado gobernador, escribia á Trajano que el cristianismo habia invadido no solo las ciudades sino tambien los campos; de manera que habia encontrado abandonados los templos, los dioses, y el imperio (11).

El Asia Menor poseyó desde los primeros tiempos imágenes milagrosas de Nuestra Señora. Las dos mas célebres eran la de Didimia, á la que San Basilio, durante el reinado de Juliano, fué á rogar por la Iglesia afligida; y la de Sosopoli, imagen pintada en inadera, que destilaba un aceite maravilloso, el cual obraba curaciones sorprendentes, dando motivo tambien á una cuestion en el segundo concilio de Nicéa.

La Grecia, esta brillante patria de las letras y las artes, no tardó en honrar á María. Desde los tiempos de San Pablo, Corinto, donde la libertad griega, parecida á una lámpara que se estingue, habia arrojado su postrer resplandor antes de espirar, se convertía casi enteramente al cristianismo. Los fieles se reunieron desde luego en los grandes salones de las casas particulares, donde la Virgen fué solemnemente invocada. Poco á poco el vacío se apoderó de los templos del paganismo, y cien años mas tarde los viajeros y los curiosos ascendian solitarios los flancos escarpados del Aeno-Cerunio, para visitar el templo de Venus, cuyos altos pórticos se levantaban bajo el océano de verdura de los árboles que los circundaban, diseñándose sobre el cielo griego, cuyo azul es tan puro y tan dulce. La diosa protectora de los corintios, habia sido destronada por la santa muger que rehabilitaba en su humilde patria el pudor desconocido y la maternidad menospreciada. Gracias á ella, los placeres puros de la familia, los tiernos goces del hogar, se sustituyeron sin esfuerzo á los desórdenes vergonzosos, á las orgías gigantescas, á las costumbres depravadas de esta pequeña república, que se habia visto brillar siempre en medio de los pueblos corrompidos. Corinto, desfigurada, viene á ser una cristiana espartana, y el elegio que san Clemente papa hace de su iglesia hácia el fin del siglo I, da una idea maravillosa de su fervor.

La Arcadia, cuyos bosques estaban poblados de dioses campestres, y donde cada antro salvaje, cada fuente murmurante tenia su altar, abjura tambien, pero con menos viveza, el culto de Pan y de las Ninfas, por el culto de la humilde Virgen, cuyo Hijo divino habia querido recibir por primer homenaje la sencilla adoracion de los pastores; pero como las supersticiones antiguas son mas difíciles de arrancar en los campos

que en cualquiera otra parte, aun se creyó largo tiempo en las pequeñas aldeas de Arcadia, que Diana cazaba en los grandes bosques de Menala y de Licéo. Los jóvenes y crédulos pastores, vacilantes entre las creencias cristianas y las supersticiones de sus abuelos, se imaginaban ver de vez en cuando, al resplandor dudoso de la luna, bellas y blancas Dryadas en medio de los árboles; Náyades inclinando su cabeza pensativa á la orilla de las fuentes; ó Napéos jugueteros danzando sobre los ranúnculos y las margaritas de las praderas. Pero hácia el tiempo de Constantino, la Virgen santísima habia triunfado definitivamente sobre la naturaleza divinizada, y las numerosas iglesias bajo su advocacion, que adornan aún los sitios agrestes de la patria de los antiguos Pelagios, testifican el profundo amor de los arcadios á su culto.

La Elida fabricó igualmente, desde muy temprano, una iglesia en honor de la santísima Virgen, á orillas de un rio consagrado á las aventuras romancescas, el Alpheo; y como estaba cercado de soberbios viñedos, le dió el nombre de Nuestra Señora de las Uvas.

La Macedonia adelantóse á la Grecia, propiamente dicha, en el culto tributado á Maria: Tesalónica tuvo un obispo desde el tiempo de los apóstoles; y vése aun hoy una soberbia basílica con columnas de jaspe, que el pueblo de Alejandría habia consagrado á la Virgen santísima, y que los turcos han convertido en una mezquita (12).

Neron, viajando en el Peloponeso, no osó traspasar las fronteras de Laconia: la austera sombra de Esparta le dió miedo. La dulce y tímida Virgen de Galilea, fué mas valerosa que el César; pasó el Eurrotas, que esconde sus ondas humilladas bajo laureles y rosales, y se presentó al pueblo de Leónidas, cuya antigua virtud se habia humedecido de nuevo en las aguas amargas pero fortificantes de la pobreza; acogiósele con entusiasmo, y se apresuró á fabricar el mas bello templo de la Grecia á la joven Virgen estrangera, que venia á enseñar á las hijas de Esparta á bajar los ojos.

Desde entonces Maria reina en Esparta con un poder absoluto; para ella se abren las primeras violetas que el Eurrotas ve florecer á sus orillas. Delante de su imagen, pintada grose-

ramente de rojo y azul sobre la muralla de sus moradas, es donde las jóvenes laeodemonias encienden todos las noches una lámpara de barro ó de bronce; accion piadosa que los improvisadores griegos, que hacen el elogio fúnebre de los muertos, no dejan de celebrar en el día de sus funerales. En fin, los habitantes de Laconia sustituyeron el nombre de Cristo y de la Virgen, en todas partes en donde sus antecesores colocaban el nombre de Júpiter, como una aseveracion; y este juramento se ha perpetuado de tal modo en uso, que antes de la revolucion griega los mismos turcos de Ministra, en lugar de jurar por Alah y por Mahoma, como los otros Osmalis, juraban como los griegos de Esparta, por la Virgen santísima (13).

La elegante y sabia Atenas, célebre por sus monumentos, los mas bellos del mundo, y sus escuelas, que frecuentaba la flor de la juventud estudiosa de la Europa y del Asia, se convirtió al cristianismo mas lentamente que los otros países de la Grecia. Desde los primeros tiempos tuvo, no obstante, un templo dedicado á Maria, Nuestra Señora Spiliotisa, ó Nuestra Señora de la Gruta; pero el politeísmo aun se mantenía bajo la brillante égida de Minerva, y Atenas estaba á la vez llena de iglesias cristianas y de ídolos. En una de estas iglesias fué donde Juliano, bajo el reinado del emperador Constantino, desempeñó el oficio de lector; pero solo en el Parthenon, y leyendo á Homero, fué donde se atrevió á soñar en el restablecimiento de la idolatría.

Que el culto de la Virgen santísima ha influido poderosamente en la propagacion del Evangelio en Grecia y Asia, es un hecho que las costumbres y gustos de los orientales habrian hecho probable, si del mismo modo, en un discurso que nos ha quedado, no lo hubiese testificado san Cirilo ante todos los obispos del Levante, en el primer concilio de Epheso. “;Salve Maria, Madre de Dios!—dice este santo y sabio obispo,—gracias á vos numerosas iglesias han sido fundadas en las ciudades, en las aldeas y en las islas, por aquellos que han recibido la verdadera fé.” (14)

Al otro lado del Océano muchos tribus de árabes se habian convertido al cristianismo, y honraban solemnemente á Maria, la *Sultana del cielo*, como la llaman aún. Sentados á la

sombra de las palmeras ó de los arbustos cuyas verdes ramas se levantan á la orilla de los salobres manantiales, y aspirando con delicia la frescura que la noche esparce sobre sus arenas abrasadas (15), los moradores cristianos, á la claridad de esas lámparas eternas de Dios, que ellos imaginan prendidas á la bóveda celeste por cadenas de oro (16), referían los hechos principales de la vida de la Virgen, colorándolos con aquel tinte de lo maravilloso, que tanto agrada á los hijos de Ismael. Contaban, como despues el Evangelio árabe, la infancia, y las tradiciones del desierto; de la manera que los santos ángeles venían á traer á la Virgen, en el templo en que le habia colocado Zacarias su tutor, los dátiles admirables, las uvas ambarinas, los ligos mas dulces que la miel, y las flores perfumadas cogidas en los jardines celestiales que abundaban en límpidas fuentes y en verdes árboles: porque el Paraíso, en las climas cálidos, está siempre adornado de frescas aguas y de bellas sombras.

Despues contaban, siempre á su manera, los prodijios del nacimiento de Jesus; al que todos los musulmanes nacidos desde entonces, llaman *al milad*, el nacimiento por excelencia. Colocaban la escena en un desierto á orillas de una fuente, y al pié de una palmera desecada, sin ramas y sin hojas, que se cubre repentinamente de frutos y verdura á la voz del ángel Gabriel, á quien Dios habia enviado á María para enjugar sus lágrimas. Estas narraciones maravillosas aumentaban su veneracion por la Virgen santísima; y en aquellas tierras lejanas creían poder adorar, en el cielo, á la que los ángeles habian servido sobre la tierra; y le ofrecían, en efecto, oblaçiones de tortas amasadas con harina y miel, de donde les viene el nombre de *colluydiens*, de la palabra griega *collue* (torta). San Epifanio les reprende vivamente este culto, que traspasaba los límites permitidos; y les enseña que la ofrenda y el sacrificio no deben ofrecerse sino á Dios.

Por otra parte, los árabes idólatras habian colocado la imagen de María en la *Caaba*, con un número de ángeles, que representaban bajo la figura de mugeres jóvenes, y á las cuales llamaban *los hijos de Dios* (17). María, á quien habian hecho la hermana de estos espíritus puros, recibia con ellos honores divinos; se le inmolaban víctimas adornadas de hojas y de

flores; se le ofrecían las primeras espigas, como los primeros dátiles de las palmeras; y en vasos de oro, la leche espumosa de los camellos consagrados (18). La imagen de la Virgen, llevando en sus brazos el Niño divino, quedó en la Meca hasta el tiempo de Mahoma, que la hizo quitar junto con los génius y los ángeles.

El santo nombre de María comenzó á ser invocado por los pueblos que habitaban entre el mar Caspio y el Ponto Euxino; pero los santuarios de la Judea y los lugares de la redencion eran ¡ay! profanados por los ídolos griegos y sirios, que no fueron arrancados sino hasta el reinado de Constantino. La estatua de Júpiter se levantaba sacrilegamente en el lugar donde María, llena de lágrimas, habia visto crucificar á Cristo, y era á un Adonis á quien se sacrificaba en la gruta de Bethlem.

LIBRO III.

Occidente.—Las Catacumbas.

LA viña santa del cristianismo multiplicábase ya en el Asia de tal modo, que podía estender sus pámpanos sagrados sobre una multitud de pueblos (1); pero se arraigaba con menos velocidad en Occidente. Roma, embriagada con la sangre de los mártires, que hacia correr como el agua de los rios, defendia el politeismo con todo su poder, y su poder se estendia sobre el mundo todo.

En Oriente, un signo misterioso que hacia estremecer á Satanás en el fondo mismo de sus reinos abrasados, anunciaba que el reinado de Dios estaba próximo; pero en Italia, y en las regiones situadas mas allá de los Alpes, el cristianismo no se hallaba aún sino en el estado de una sociedad secreta. Afiliábase el creyente con toda suerte de precauciones y misterio; reconocíanse en algunas señales convenidas, y sin duda el signo de la cruz, cuyo origen se ignora, era una de estas señales misteriosas que revelaban un cristiano desconocido á sus hermanos esparcidos entre la multitud. Y no era que los

cristianos de los países del Ocaso fuesen en número reducido; ellos habrían podido ya formar ejércitos; pero perseguidos por los gobernadores idólatras, acosados como bestias salvajes, y no encontrando ningún apoyo en las leyes romanas, que no los alezaban sino para castigarlos, vivían aislados *como esas gotas de lluvia que el Señor derrama sobre la yerba, que no se amontonan entre ellas, ni aguardan nada de los hijos de los hombres* (2).

Las primeras iglesias latinas fueron capillas domésticas, y los primeros altares cofres de madera portátiles, como el arca, y de la cual tenían la forma y los anillos de metal (3). Estas iglesias primitivas de Roma, que existían ya antes de la llegada de san Pablo, se componían en la mayor parte de griegos y judíos convertidos al cristianismo; pero el pueblo romano oyó presto hablar de esa ley nueva que decía que los hombres son hermanos, que son iguales, y que deben amarse unos á otros. Esta ley santa, encuéntrela bella, quiere seguirla y viene en tropel á recibir el agua regeneradora del bautismo. "Entonces fué cuando se percibió con una sorpresa profunda, dice Tácito, que Roma encerraba una multitud increíble de cristianos" (4). Tiemblan los sacerdotes y los ídolos; Neron, emperador y pontífice supremo, se alarma, y empiezan las persecuciones (5).

Juntábanse, desde luego, donde se podía, como respondió san Justino, mártir, al prefecto de Roma, que quiso saber inútilmente en donde se tenían las reuniones cristianas. Pero las cámaras y salones de las casas eran demasiado estrechos, y las indagaciones del senado mas y mas rigurosas cada dia: era necesario buscar un templo demasiado vasto para contener esa gran muchedumbre del pueblo, y demasiado escondido para escapar á las averiguaciones de esa nube de delatores que era entonces, en el imperio, un azote solo comparable á las plagas de Egipto. Algunos cristianos de atrevido corazón, propusieron las catacumbas. Allí se encontraban salas inmensas y tenebrosas, galerías interminables, donde la oscuridad era tan profunda, dice san Jerónimo, que parecía que se bajaba vivo al sepulcro, y cuyos muros estaban tapizados de cadáveres inhumados. Este laberinto de féretros para despojos perdidos,

donde el que se aventuraba sin guía estaba seguro de perecer; estas bóvedas vertiginosas, bajo las cuales reinaban el silencio, el miedo y la muerte, no espantaron á los primeros fieles de Roma. El domingo, que se llamaba entonces el dia del sol, reuníanse en esta espantosa iglesia metropolitana, para leer los escritos de los apóstoles ó de los profetas; despues ofrecíase sobre un altar de piedra grosera el sacrificio del pan y del vino, precedido de un sermón, y seguido de una colecta para los pobres (6). Algunos toscos frescos, que representaban al Salvador ó á María, y que aun pueden verse medio borrados en las catacumbas de Nápoles ó de Roma, eran el solo adorno de este lugar de oración, cuya audiencia se componía de diez generaciones muertas y una generación viva. ¡Qué templo! ¡En lugar de vasos de oro incrustados de zafiros y rubíes, cálices de madera! ¡en lugar de lámparas romanas de plata maciza, antorchas lúgubres! ¡en lugar de ópinos despojos, los terribles trofeos del ángel del esterminio! Al lado, enfrente, delante y atras del lugar en donde se estrecha esa asamblea de fieles, largas avenidas subterráneas donde brillan de vez en cuando antorchas lejanas, y en donde se agitan figuras veladas que se asemejan á espectros ambulantes. Bajo los piés, el polvo de una república entera, que se habia llevado sus virtudes entre los pliegues de su gran sudario. Dentro, el terror; fuera, en caso de descubrimiento, el Anfiteatro, donde el área estaba enrojecida como una llaga inmensa, mientras que la sangre cristiana corría de ella cual el agua de un arroyo impetuoso.

Cuando se reflexiona en esto, se pregunta uno lleno de temor: ¿qué héroes intrépidos venían á luchar con estos terrores espantosos?... Estos héroes que afrontaban la muerte y el miedo, no eran sino ignorantes labriegos, criados en medio de augurios, de presagios y de los millares de supersticiosos temores del paganismo; eran vírgenes tímidas, *acostumbradas á florecer lejos del mundo, como las rosas solitarias* (7); eran opulentas y bellas patricias, servidas por legiones de esclavos, que dormían en lechos de oro macizo, que comían sobre tablas de limonero, que habitaban palacios artesonados de marfil, y que caminaban sobre baldosas regadas con arena finísima de plata y oro; eran jóvenes envueltos en ricos mantos de escar-

lata, que se llamaban *Amicio, Olibrio, Probo, Graco* (8), la flor del patriciado, en fin; eran caballeros abonados al anillo ecuestre, grandes oficiales de palacio, tribunos del pueblo, favoritos, parientes del César, y cuyos hijos estaban designados para sucederle en el imperio. . . Mas aún, de príncipes de la sangre, que atravesaban de noche, escoltados de algunos esclavos fieles, el átrio de su palacio de oro del monte Palatino, y se deslizaban cual mariposas fuera de la ciudad de Rómulo, para ir á adorar en el fondo de las catacumbas, *al galileo*, como decia con desdenoso desprecio la alta aristocracia idólatra, é invocar esta dulce Virgen María, por quien los descendientes de los Gracos y de los Scipiones abandonaron su templo favorito de Juno-Lucina (9).

Si el Tiber, desbordado, salia de su cauce; si faltaban las lluvias, ó sobrevenia un gran terremoto; entonces el pueblo romano, para conjurar estos desastres, gritaba segun su costumbre: "¡Los cristianos á los leones!" (10) y mas tarde, llevábanse ante el altar los féretros llenos de huesos recogidos en el anfiteatro. Entonces un canto de triunfo dulcemente salmodiado, se levantaba del seno de la tierra, yendo á confundirse con el ruido continuo de los rios que los acueductos llevaban bajo las murallas de Roma, y el murmullo dulce y ligero de los grandes álamos de Italia, que imita el murmullo de los arroyos. Comunmente el obispo, un santo anciano, apoyado sobre un pobre cayado de verdadero pastor, reprendia á los desertores del campo de las riquezas, que venian á adornar al rey pobre con un resto de apego al lujo romano. Decia á las grandes señoras que le escuchaban en una actitud pensativa, que no convenia á mugeres cristianas llevar en anillos y brazaletes *el alimento de mil familias desgraciadas*. Algunos dias despues, se preguntaba una hija de los Anicios, ¿qué habia hecho de sus pedrerías? Los pobres, paganos y cristianos de su vecindad, habrian podido responder, mostrando pan y restos del oro que aun les quedaba. Otras veces levantaba su voz contra la esclavitud, y el dia siguiente repetíase por todas partes con una sorpresa profunda, que un prefecto de palacio acaba de libertar quinientos esclavos. Allí era donde la caridad se enseñaba sobre todas las cosas; ¡y qué caridad!

¡*La limosna es un misterio*, decia el sacerdote de Jesucristo; *cuando la practiqueis, cerrad las puertas!*

Y al salir de estas asambleas donde el fervor crecia de nuevo, las pobres mugeres del pueblo iban á recojer á orillas del Tiber, los niños que abandonaban allí las grandes señoras idólatras; los patricios convertian en hospitaliales una parte de sus palacios; y los jóvenes señores cristianos emprendian viajes lejanos para socorrer á sus hermanos del Africa ó del Asia. Estos actos de caridad, de abnegacion, de sacrificio, llenaban de sorpresa á los paganos, que no podian esplicárselos; tan inapaces eran de obrar como ellos (11).

Las nobles matronas de Roma llevaban entonces imágenes de María grabadas sobre esmeraldas, cornerinas ó zafiros; y al morir, las legaban á sus hijos como simbolos de su creencia. Galla, viuda de Simacho, hizo construir, mucho tiempo despues, una soberbia iglesia, para depositar allí una de estas piedras preciosas, reliquia de una fé perseguida: el trabajo era tan bello que se la creyó salida de una mano mas que humana, y se la veneró como un don del cielo (12).

Otro de los adornos que servia á las mugeres cristianas de señal de reconocimiento, era poner en medio de las flores sobre el altar doméstico, en donde por tanto tiempo habian reinado los dioses lares, figurillas de plata ú oro que representaban á Jesucristo, la Virgen, ó los apóstoles. Estas pequeñas estatuas, cuya simple vista habria arrastrado á toda una familia al anfiteatro, eran generalmente demasiado pequeñas para poder hacerlas desaparecer á la primera señal, ó esconderlas consigo (13).

Un poco mas tarde, las capillas particulares recibieron los cadáveres de los mártires, á quienes se revestia de blancas y preciosísimas vestiduras, y se les depositaba magníficamente en sarcófagos de mármol. Durante las últimas persecuciones, Aglaé, una opulenta y bella matrona de Roma, envió á buscar estos cuerpos hasta el fondo de la Bithinia, donde los gobernadores romanos, gentes positivas que traficaban con todo, hasta con cadáveres, los vendian carísimos (14).

En el intervalo de una persecucion á otra, reunieron sus muertos en cementerios situados fuera de las murallas de Roma,

é iban allí continuamente á orar. Los muros de estos cementerios, pintados al fresco, representaban á Jesucristo sobre su tribunal, en la actitud imponente que conviene á un juez soberano de los hombres; á su lado, María, vestida á la romana, se encontraba siempre pronta á implorar su misericordia para los pecadores (15).

Durante los días de alcion en el reinado de Alejandro Severo, conociendo los cristianos de Roma que este príncipe honraba á Jesucristo, cuya imágen habia colocado en su *lavarium*, en medio de los santos (16), y contando con el apoyo de su madre, la emperatriz Mamea, que era cristiana, pidieron y obtuvieron, no obstante los clamores de los sacerdotes de los ídolos, el permiso de construir una iglesia en el lugar de unas ruinas abandonadas. Esta fué la primera que osó levantar su cruz al lado de los templos de mármol de los dioses del imperio; dedicáronla á María, y tomó el nombre de Nuestra Señora del otro lado del Tiber.

El cristianismo, violentamente comprimido en Italia, era cruelmente perseguido en las Gálias, donde no hacia, dice san Sulpicio Severo, que escribía en el siglo III, sino progresos muy lentos. Contábase, sin embargo, desde el siglo III algunos obispos, entre otros el de Leon, donde san Pothino habia establecido el culto de María; y misioneros, entre cuyo número veíanse figurar hasta á los mismos caballeros romanos, recorrian las Gálias; pero estos plantadores del Evangelio caian comunmente bajo la cuchilla impia de los gobernadores idólatras, que les perseguian como á bestias salvajes (17), antes que su tarea estuviese bien adelantada. Sus trabajos incompletos no fueron perdidos, sin embargo; su sangre generosa fertilizó el suelo que habian trazado, y mas tarde otros trabajadores vinieron á recoger la cosecha.

La isla de los bretones se envanece de haber adelantado á las Gálias en su conversion al cristianismo; y si se ha de dar crédito á los antiguos cronistas, ella tuvo el primer rey cristiano del mundo. El venerable Beda cuenta, que en el tiempo de los emperadores Mario-Aurelio y Comodo, un príncipe nombrado Lucio pidió al papa Eleuterio dos misioneros de Italia para predicar el Evangelio en el pequeño reino que gobernaba

con la aprobacion de los romanos. La demanda fué perfectamente acogida, y dos hombres apostólicos, á quienes los galos erigieron altares mas tarde (18), vinieron á predicar el Evangelio á los pueblos de la gran Bretaña, divididos entre el druidismo, aún floreciente, y los *dioses de los Augustos*. El Señor bendijo sus esfuerzos: los bretones, medio bárbaros aún, salian en tropel de sus cabañas parecidas á colmenas de abejas, para escucharlos; y sucedía á veces que en el fondo de las tierras desiertas sembradas de piedras enormes, á donde los sectarios de Eso, reunidos á la pálida claridad de la luna (19), iban á encontrarse en un sacrificio secreto, alguna jóven sacerdotisa de los celtas, que habia escuchado con aire pensativo las santas palabras, apoyada contra la encina que proyectaba á lo lejos su sombra gigantesca, dejaba escapar de entre sus manos la hoz de oro, bajo cuyo filo debia caer el muerdago silvestre, aquella planta sagrada que brotaba en la corteza sulcada de los robles, y encorvando ante el ministro de Jesucristo su rubia cabeza adornada aún de la guirnalda sacerdotal, que ceñía sus cabellos esparcidos, gritaba con una voz llena de emociion: "¡Soy cristiana!" y el sacerdote, arrastrándola con suavidad hácia la fuente adorada todavía, derramaba el agua santa del bautismo sobre la frente de la jóven y pura neófita, que abandonaba su soberbio nombre de Vheldeda (sublimada), para tomar el dulce y estrangero nombre de María (20).

Segun las mas respetables autoridades, el cristianismo, durante el reinado de Diocleciano, salvó la doble muralla que separaba los bretones (á quienes sus vencedores habian politicamente enervado,) de sus bulliciosos y salvajes vecinos del Norte. La isla británica, donde la civilizacion romana se entreabria como una flor pálida y temprana en medio de la barbárie, tenia ciudades adornadas de baños, de palacios de mármol, y de templos deslumbrantes de oro, al lado de sus tierras sembradas de encinas, y de sus vírgenes y espesos bosques; pero la Caledonia, á donde no habia penetrado el Aguila de los Césares, era aún la tierra de los torrentes, de los matorrales y los peñascos, y no habia otro culto que un druidismo casi borrado, y mezclado de supersticiones germánicas. Todo en las creencias de estos pueblos era vago é indeciso, como un

paisaje visto á través de la bruma. Mal avenidos los druidas con los grandes gefes, habian sido expulsados en el siglo IV (21), y sus nociones sobre el único Dios estaban casi olvidadas; pero creían en el Espíritu de las aguas, en el Espíritu de las montañas, y en un palacio aéreo en que estaban sus abuelos, quienes vagaban errantes por la noche sobre sus carros de nubes, ostentando sus blancos ropages plateados por la luna, y llevando á guisa de espadas en sus diáfanas manos, meteoros medio estinguidos (22). Los apóstoles, cristianos de estas regiones entonces casi desconocidas, hasta que aquel sol frío brilló como á su pesar, marcharon á través de mares tormentosos, á tomar posesion de las grutas que los druidas habian abandonado (23), y se establecieron al borde de los torrentes, en el fondo de los bosques, ó sobre el declive de las montañas. De vez en cuando solia llegar algun cazador de las *highlands* (24), que descendiendo perseguir entre los matorrales los gamos rojos y los corzos, venia á sentarse sobre la piedra gris y carcomida por el moho, que indicaba la sepultura de un guerrero, para conversar con el anciano de la gruta, el *culdee* cristiano (25), que le hablaba de Cristo y de su Madre. Con un brazo puesto sobre su arco flojo, y una mano pasada sobre la cabeza de su lebrél favorito acostado á sus piés, el gefe escocés escuchaba en una postura respetuosa y atenta, las graves palabras del solitario. Despues, cuando la santidad del Evangelio habia en fin hablado á su corazon, cuando con las manos juntas y la mirada brillante de entusiasmo habia dicho, ¡Creo! todo su *clan* repetia, cual un eco fiel: ¡Nosotros tambien creemos!

Poco satisfechos, sin embargo, de haber esparcido su doctrina sobre las montañas y las llanuras, los sacerdotes de Cristo quisieron acosar la idolatría hasta en el mas antiguo y el mas lejano de sus santuarios. La isla de Jona, una de las islas del archipiélago de las Hebraidas, á la que rodea un mar enverdecido y furioso, estaba consagrada por los señores de las islas y los gefes de las montañas, quienes concurrían allí para jurar la paz sobre un ara antigua, que ellos llamaban *stone of power* (piedra poderosa). Bien pronto el ara desapareció, y vióse elevar en medio de las rocas pintorescas que aun hacen

mas hermosas las belladamas, la buglosa y el acebo de mar, la mas antigua y la mas respetable de las abadías de Escocia. Hoy mismo el viento gime tristemente en esas ruinas venerables, bajo las cuales duermen tantos reyes.

Cuatro siglos habian pasado, y el cristianismo se estendia ya desde la aurora hasta el ocaso. "No somos sino hombres de ayer,—dice Tertuliano al senado idólatra de Roma,—y ya llenamos de nuevo los palacios, las ciudades, las fortalezas, los ejércitos de mar y tierra; no dejamos vacíos sino los templos." Y era verdad; pero ¡cuántas lluvias de sangre no habian enrojecido, en este intervalo, el grande estandarte de la cruz! La última persecucion estuvo á punto de arrancar el cristianismo como aquella flor de que habla Job, á quien la tierra que la criara dice: "¡Jamás te conocí!" Diocleciano hizo destruir ó cerrar todas las iglesias, encadenó á los sacerdotes, las ciudades cristianas fueron pasadas al filo de la espada (26), y prometió las mas brillantes recompensas á la apostasía, que no floreció á pesar del estímulo imperial: los cristianos de entonces generalmente preferían ser mártires. Creyóse que el cristianismo parecia sin remedio; los idólatras palmeaban, aplaudiendo su próxima caída, y el infierno hacia ya oír sus prolongados ahullidos de triunfo; pero las potestades celestes se miraban sonriendo, y decían entre ellas: "El Cristo triunfará muy pronto; ¡bendito sea!"... Entonces fué cuando una jóven, natural de Bithinia, que llevaba por nombre Helena, y con quien el César Constancio-Chloro se habia desposado por sus virtudes y rara belleza, acababa de dar á luz un niño, á quien se puso por nombre Constantino.